

---

## CULTURA

---

Ver: *Habitud*

---

«¿Qué es cultura? Cultura no consiste en saber mucho, sino que es un *modo de saber*. Como tal es ante todo un *modo de habérselas* con las cosas. Y habérselas con las cosas es lo que se llama *habitud*. Habitud no es costumbre habitual, sino que por el contrario la costumbre es hábito solo cuando se funda en una *habitud*.

En nuestro caso, se trata de una *habitud intelectual*, intelectual no significa teórico o conceptual. Porque la intelección no consiste, a mi modo de ver, en concebir o juzgar, sino en ser mera *actualización* de algo como real en la inteligencia. Y mera *actualización* consiste en un mero *estar* presente lo real en la inteligencia. Real, en sentido primario y radical, es que lo presente tenga sus cualidades o notas "de suyo". Esta *habitud* con lo real es la *habitud intelectual*.

El arte, la ciencia, el ejercicio físico (los animales no tienen deporte), la dieta, etc., son de carácter intelectual, porque son modos diversos de habérselas con lo real como real.

Lo real que está presente en la inteligencia tiene, pues, una actualidad propia. Y esta actualidad intelectual, en cuanto intelectual, es lo que constituye *la verdad*. Verdad, a mi modo de ver, no es, en su raíz, verdad de una afirmación ni autenticidad de una cosa real, sino que verdad es el *estar* presente mismo de lo real en la inteligencia. Por eso lo llama *verdad real*: es la cosa real misma que está presente en la inteligencia.

Todo, hasta lo irreal creado, no solo tiene que estar vertido a la realidad, sino que está fundado en ella. El crear mismo no consiste en dar realidad a mis ideas, sino justamente al revés: crear es dar mis ideas a la realidad.

Verdad real, en una o en otra forma, la tenemos todos los hombres; si no, no seríamos hombres. Para que haya cultura tengo que hacer de esta *habitud* de verdad real un *habitáculo*: cultura es habitar en la verdad real. Habitar se dice en latín *colere*, en el sentido de estar dedicado a estar en su casa.

Digamos, pues, que cultura es *dedicación a la verdad real*. Por esto esta dedicación es un "cultivo". Y el cultivo mismo es justo *cultura*. Cultura es dedicación al *colere*: es *cultivo de la verdad real*, es dedicación a la verdad

real. Naturalmente, este cultivo tiene *distintas direcciones*: arte, ciencia, etc. [...]

*Autor* viene de la misma raíz que augurio (*aug-*), pero con la connotación de fomentar el crecimiento. Crecimiento no es mera continuación. La continuación puede ser simple *prolongación* (esto sería mera repetición), o bien *desarrollo* (esto sería explicación) o bien *maduración* (crecimiento). Por ello el *auctor*, el autor, tiene *auctoritas*, cualidad de garantizar el buen crecimiento.

En nuestro caso, autor es el garante de la verdad real. [...] Ser raro es estar en el origen mismo del crecimiento. Porque la cultura no comienza en cero. Comenzar en cero es siempre la magna e infructuosa tentación del hombre inculto. Crecimiento cultural es *vetera novis augere et perficere*.

Hacer crecer a lo antiguo haciéndole dar sus frutos en lo nuevo. Envuelve semilla, proceso, fruto. Y como decía Hegel, *das Wahre ist das Ganze*, "lo verdadero es el todo". Para mí, el todo es la realidad, el mundo.»

[Zubiri, Xavier: "En la inauguración del Nuevo Auditorium del Banco Urquijo" (15-03-1982), en *Escritos menores (1953-1983)*. Madrid: Alianza Editorial, 2007, p. 327-330]



«Habría que decir que al principio la filosofía no pasó de ser una rareza interna de la cultura griega, una peculiaridad con contornos mal definidos hasta que logró estabilizarse en medio de un largo y accidentado proceso. Probablemente todas las culturas buscan algún tipo de respuesta a la universal experiencia de que las cosas no se agotan en su apariencia obvia; incluso no sería disparatado sugerir que eso es lo que significa "cultura", si aun fuésemos capaces de sustraer al término todas las impostaciones "culturalistas" que hoy arrastra.»

[Pintor-Ramos, Antonio: "La concepción zubiriana de la filosofía", en Pintor-Ramos, Antonio (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 440]

## COMENTARIOS

---

«El 15 de marzo de 1982, con motivo de la inauguración del Nuevo Auditorium del Banco Urquijo, Zubiri aprovecha para recalcar su concepción de la cultura:

Cultura no consiste en saber mucho, sino que es *un modo de habérselas con las cosas*. [...] El arte, la ciencia, el ejercicio físico (los animales no tienen deporte), la dieta, etcétera, son modos diversos de habérselas con lo real como real. Todo, hasta lo irreal creado, no sólo tiene que estar vertido a la realidad, sino que está fundado en ella. El crear mismo no consiste en dar realidad a mis ideas, sino justamente al revés: crear es dar mis ideas a la realidad.

Pero esta habitud, que es propia de todos los hombres e indispensable para que haya cultura, no es suficiente. La cultura necesita cultivarse en distintas direcciones: arte, ciencia, filosofía, etcétera; y esto se puede hacer "para añadir un rasgo más a la figura del que la promueve. ¡Pobre cosa! o para promover y penetrar más y más en la verdad de las cosas reales. [...] La segunda hace del hombre un promotor de la verdad real. Cultiva la verdad real mismo, *algo que queda*" (1).

---

(1) X. Zubiri, "¿Qué es una inauguración?", 15-III-1982, FXZ.»

[Corominas, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid: Taurus Ediciones, 2006, p. 697 y 833 n. 7]



## Cultura

«La vida del hombre –o conjunto de fenómenos que integran el individuo orgánico– tiene una dimensión trascendente en que, por decirlo así, sale de sí misma y participa de algo que no es ella, que está más allá de ella. El pensamiento, la voluntad, el sentimiento estético, la emoción religiosa, constituyen esa dimensión.

No se trata de que nosotros, al analizar, por ejemplo, el fenómeno intelectual aceptemos la existencia de la verdad que él pretende contener. Aunque nosotros como filósofos no la considerásemos justificada, el fenómeno del pensamiento lleva en sí, queramos o no, esa pretensión; más aún, no consiste en otra cosa que en esa pretensión.

Y cuando el relativista se niega a admitir que el ser viviente pueda pensar la verdad, está él, como ser viviente, convencido de que es verdad esta su negación.

Aparte, pues, de toda teoría, reduciéndonos a los puros hechos, ateniéndonos al más riguroso positivismo –que los positivistas titulares no ejercitan nunca–, la vida humana se presenta como el fenómeno de que ciertas actividades inmanentes al organismo trascienden de él. La vida, decía Simmel, consiste precisamente en ser más que vida; en ella, lo inmanente es un trascender más allá de sí misma.

Ahora podemos dar su exacta significación al vocablo "cultura". Estas funciones vitales –por tanto, hechos subjetivos, intraorgánicos–, que cumplen leyes objetivas que en sí mismas llevan la condición de amoldarse a un régimen transvital, son la cultura. No se deje, pues, un vago contenido a este término. La cultura consiste en ciertas actividades biológicas, ni más ni menos biológicas que digestión o locomoción.

Se ha hablado mucho en el siglo XIX de la cultura como "vida espiritual" –sobre todo en Alemania. Las reflexiones que estamos haciendo nos permiten, afortunadamente, dar un sentido preciso a esa "vida espiritual", expresión mágica que los santones modernos pronuncian entre

gesticulaciones de arrobó extático. Vida espiritual no es otra cosa que ese repertorio de funciones vitales, cuyos productos o resultados tienen una consistencia transvital. [...]

En la ideología moderna, "espíritu" no significa algo así como "alma". Lo espiritual no es una sustancia incorpórea, no es una realidad. Es simplemente una cualidad que poseen unas cosas y otras no. Esa cualidad consiste en tener un sentido, un valor propio. Los griegos llamarían a la espiritualidad de los modernos *nus* pero no *psique* –alma.

Pues bien: el sentimiento de lo justo, el conocimiento o pensar la verdad, la creación y goce artísticos tienen sentido por sí, valen por sí mismos, aunque se abstraigan de su utilidad para el ser viviente que ejercita tales funciones. Son, pues, vida espiritual o cultura.

Las secreciones, la locomoción, la digestión, por el contrario, son vida infraespiritual, vida puramente biológica, sin ningún sentido ni valor fuera del organismo. A fin de entendernos, llamaremos a los fenómenos vitales, en cuanto no trascienden de lo biológico, "vida espontánea". Por tanto –y esta advertencia es capital–, las actividades espirituales son también primariamente vida espontánea. El concepto puro de la ciencia nace como una emanación espontánea del sujeto, lo mismo que la lágrima.

No creo que el más escrupuloso beato de la cultura y de la "espiritualidad" eche de menos privilegio alguno en la anterior definición de estos términos. Sólo que yo he cuidado de subrayar en ellos una faceta que el "culturalista" procura hipócritamente borrar y deja como en olvido.

En efecto, cuando se oye hablar de "cultura", de "vida espiritual" no parece sino que se trata de otra vida distinta e incomunicante con la pobre y desdeñada vida "espontánea". Cualquiera diría que el pensamiento, el éxtasis religioso, el heroísmo moral pueden existir sin la humilde secreción pancreática, sin la circulación de la sangre y el sistema nervioso.

El culturalista se embarca en el adjetivo "espiritual" y corta las amarras con el sustantivo "vida" *sensu stricto*, olvidando que el adjetivo no es más que una especificación del sustantivo y que sin éste no hay aquél. Esa *raison* que pretende no ser una función vital entre las demás y no someterse a la misma regulación orgánica que éstas, no existe; es una torpe abstracción y puramente ficticia.

No hay cultura sin vida, no hay espiritualidad sin vitalidad, en el sentido más *terre a terre* que se quiera dar a esta palabra. Lo espiritual no es menos vida ni es más vida que lo no espiritual.»

[Ortega y Gasset, José: "El tema de nuestro tiempo" (1923). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. III, 1962, p. 166-168]



## El cristianismo y el culturalismo

«El placer, como Nietzsche decía, “quiere eternidad, quiere profunda, profunda eternidad”, aspira a perpetuar el delicioso momento y grita *da capo* a la realidad encantadora. Por eso el cristianismo hace del deseo de placeres, de la *cupiditas*, el pecado por excelencia (*habes apostolum dicentem radicem omnium malorum esse cupiditas*. San Agustín).

Si, por el contrario, negamos a la vida todo valor intrínseco, y advertimos que sólo adquiere justificación, sentido y dignidad cuando se la mediatiza y se hace de ella tiempo de prueba y de eficaz gimnasia para lograr la “otra vida”, cobra un carácter altamente estimable.

El valor de la existencia es, pues, para el cristiano extrínseco a ella. No en sí misma, sino en su más allá; no en sus calidades inmanentes, sino en el valor trascendente y ultravital anejo a la beatitud, encuentra la vida su posible dignificación.

Lo temporal es una fluencia de miserias, que se ennoblece al desembocar en lo eterno. Esta vida es buena sólo como tránsito y adaptación a la otra. En lugar de vivirla por ella misma, debe el hombre convertirla en un ejercicio y entrenamiento constante para la muerte, hora en que comienza la vida verdadera. Entrenamiento es, acaso, la palabra contemporánea que mejor traduce lo que el cristianismo llama ascetismo.

Sobre la arena de la Edad Media combaten bravamente el entusiasmo vital del germano y el desdén cristiano hacia la vida. Aquellos señores feudales, en cuyo organismo joven hozan, como fieras en sus jaulas, los instintos primarios, van poco a poco sometiendo su indómita pujanza zoológica al régimen ascético de la nueva religión. Solía consistir su alimento en carne de oso, de ciervo, de jabalí.

Dieta semejante les obliga a sangrarse todos los meses. Esta sangría higiénica, que evitaba una explosión en su fisiología, llamábase *minutio*. Pues bien; el cristianismo fue la *minutio* integral del exceso zoológico que el germano aportaba de la selva.

Los siglos modernos representan una cruzada contra el cristianismo. La ciencia, la razón ha ido demoliendo este trasmundo celestial que el cristianismo había erigido en la frontera de ultratumba. A mediados del siglo XVII, el más allá divino se había evaporado.

Sólo quedaba a los hombres esta vida. Parece haber llegado la hora en que los valores vitales van a ser, por fin, revelados. Sin embargo, no pasa así. El pensamiento de las dos postreras centurias, aunque es anticristiano, adopta ante la vida una aptitud muy parecida a la del cristianismo.

¿Cuáles son para el “hombre moderno” los valores sustantivos? La ciencia, la moral, el arte, la justicia –lo que se ha llamado la cultura–. ¿No son éstas actividades vitales? Ciertamente; y en tal sentido puede pensarse un momento que la modernidad ha conseguido descubrir valores inmanentes a la vida. Pero un poco más de análisis nos muestra que esta interpretación no es exacta.

La ciencia es el entendimiento, que busca la verdad por la verdad misma. No es la función biológica del intelecto, que, como todas las demás potencias vitales, se supedita al organismo total del ser viviente y recibe de él su regla y módulo. Asimismo, el sentimiento de la justicia y las acciones que suscita nacen en el individuo; pero no vuelven a él, como a su centro, sino que concluyen en el valor extravital de lo justo.

La fórmula *pereat mundus, fiat justitia* expresa con radicalismo frenético el desdén hacia la vida y la apoteosis moderna de las normas culturales.

La cultura, supremo valor venerado por las dos centurias positivistas, es también una entidad ultravital que ocupa en la estimación moderna exactamente el mismo puesto que antes usufructuaba la beatitud. También para el europeo de ayer y de anteayer carece la vida de Valores inmanentes, propiamente vitales.

Sólo puesta al servicio de la cultura –lo Bueno, lo Bello, lo Verdadero– adquiere peso estimativo y dignidad. El culturalismo es un cristianismo sin Dios. Los atributos de esta soberana realidad –Bondad, Verdad, Belleza– han sido desarticulados, desmontados de la persona divina, y, una vez sueltos, se les ha deificado.

Ciencia, derecho, moral, arte, etc., son actividades originariamente vitales, magníficas y generosas emanaciones de la vida que el culturalismo no aprecia sino en la medida en que han sido de antemano desintegradas del proceso de la vitalidad que las engendra y nutre.

Vida espiritual suele llamarse a la vida de cultura. No hay gran distancia entre ella y la *vita beata*. No goza, en rigor, de mayor inmanencia una que otra en el hecho histórico actual, que es siempre la vida. Si se mira, bien pronto se advierte que la cultura no es nunca un hecho, una actualidad.

El movimiento hacia la verdad, el ejercicio teórico de la inteligencia es ciertamente un fenómeno que en varia forma se verifica hoy, como ayer, o en otro tiempo, no menos que la respiración o la digestión. Pero la ciencia, la posesión de la verdad., es, como la posesión de Dios, un acontecimiento que no ha acontecido ni puede acontecer en “esta vida”. La ciencia es sólo un ideal. La de hoy corrige la de ayer, y la de mañana la de hoy.

No es un hecho que se cumple en el tiempo; como Kant y toda su época pensaban, la ciencia plenaria o la verdadera justicia sólo se consiguen en el proceso infinito de la historia infinita. De aquí que el culturalismo sea siempre progresismo. El sentido y valor de la vida, la cual es por esencia presente actualidad, se halla siempre en un mañana mejor, y así sucesivamente. Queda a perpetuidad la existencia real reducida a mero tránsito hacia un futuro utópico.

Culturalismo, progresismo, futurismo, utopismo son un solo y único ismo. Bajo una u otra denominación hallamos siempre una actitud, para la cual es la vida por sí misma indiferente, y sólo se hace valiosa como instrumento y substrato de ese «más allá» cultural.

Hasta qué punto es iluso querer aislar de la vida ciertas funciones orgánicas a que se da el nombre místico de espirituales, lo hemos visto con terrible evidencia en la evolución de Alemania. Como el francés del siglo XVIII fue "progresista", el alemán del XIX ha sido "culturalista". Todo el alto pensamiento germánico, desde Kant hasta 1900, puede reunirse bajo esta rúbrica: Filosofía de la cultura.» [Ortega y Gasset, José: "El tema de nuestro tiempo" (1923), en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1966, vol. III, p. 183-186]



«Y como tendemos a proyectar en Dios cuanto nos parece óptimo, llegaron los griegos con Aristóteles a sostener que Dios no tenía otra ocupación que pensar. Y ni siquiera pensar en las cosas: eso se les atojaba como envilecimiento de la operación intelectual. No; según Aristóteles, Dios no hace otra cosa que pensar en el pensar –lo cual es convertir a Dios en un intelectual, más precisamente, un modesto profesor de filosofía.

Pero repito que, para ellos, era esto lo más sublime que había en el mundo y que un ser pueda hacer. Por eso creían que el destino del hombre no era otro que ejercitar su intelecto, que el hombre había venido al mundo para meditar o, en nuestra terminología, para ensimismarse.

Doctrina tal es lo que se llama "*intelectualismo*", la idolatría de la inteligencia, que aísla el pensamiento de su encaje, de su función en la economía general de la vida humana. Innumerables cosas del más alto rango debemos a los griegos, pero también les debemos cadenas.

El hombre de Occidente vive aún, no en escasa medida, esclavizado por preferencias que tuvieron los hombres de Grecia, las cuales, operando en el subsuelo de nuestra cultura, nos desvían desde hace ocho siglos de nuestra propia y auténtica vocación occidental.

La más pesada de esas cadenas es el "*intelectualismo*" e importa mucho que en esta hora en que es preciso rectificar la ruta, importa mucho deshacerse resueltamente de esa arcaica actitud que ha sido llevada al extremo en estas dos últimas centurias.

Bajo el nombre primero de *raison*, luego *ilustración*, y, por fin, de *cultura*, se ejecutó la más radical tergiversación de los términos y la más indiscreta divinización de la inteligencia. En la mayor parte de casi todos los pensadores de la época, sobre todo en los alemanes, por ejemplo, en los que fueron mis maestros al comienzo del siglo, vino la cultura, el pensamiento, a ocupar el puesto vacante de un dios en fuga.

Toda mi obra, desde sus primeros balbuceos, ha sido una lucha contra esta actitud, que hace muchos años llamé "*beatería de la cultura*". Beatería de la cultura, porque en ella se nos presentaba la cultura, el pensamiento, como algo que se justifica a sí mismo, es decir, que no necesitaba justificación, sino que es valioso por su propia esencia, cualesquiera sean su concreta ocupación y su contenido.

La vida humana debía ponerse al servicio de la cultura porque solo así se cargaba de sustancia estimable. Según lo cual, ella, la vida humana, nuestra pura experiencia, sería por sí como baladí y sin aprecio.

Esta manera de poner al revés la relación efectiva ente *vida* y *cultura*, entre *acción* y *contemplación*, ocasionó que en los últimos cien años se suscitase una superproducción de ideas, de libros y obras de arte, una verdadera *inflación cultural*. Se ha caído en lo que podríamos llamar "capitalismo cultural", aspecto moderno del bizantinismo.»

[Ortega y Gasset, José: "Ensimismamiento y alteración" (1939). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. VII, 1964, p. 93-94]



«En suma: *el hombre no puede vivir sin reaccionar ante el aspecto primerizo de su contorno o mundo, forjándose una interpretación intelectual de él y de su posible conducta en él*. Esta interpretación es el repertorio de convicciones o "ideas" sobre el Universo y sobre sí mismo que no pueden faltar en vida ninguna.

La casi totalidad de esas convicciones o "ideas" no se las fabrica robinsonescamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo. En este se dan, naturalmente, sistemas de convicciones muy distintos.

Unos son supervivencia herrumbrosa y torpe de otros tiempos. Pero hay siempre un sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual.

Ese sistema es la cultura. Quien quede por debajo de él, quien viva ideas arcaicas, se condena a una vida menor, más difícil, penosa y tosca. Es el caso del hombre o del pueblo incultos.

Su existencia va en carreta, mientras a la vera pasan otras en poderosos automóviles. Tiene aquella una idea del mundo menos certera, rica y aguda que estas. Al quedar el hombre bajo el nivel vital de su tiempo, se convierte –relativamente– en un *infrahombre*.

En nuestra época, el contenido de la cultura viene en su mayor parte de la ciencia. Pero lo dicho basta para hacer notar que la cultura no es la ciencia. El que hoy se *crea* más que en nada en la ciencia no es a su vez un hecho científico, sino una fe vital –por tanto, una convicción característica de nuestra cultura. Hace quinientos años se creía en los Concilios, y el contenido de la cultura emanaba en buena porción de ellos.

La cultura, pues, hace con la ciencia lo mismo que hacía la profesión. Espuma de aquella lo vitalmente necesario para interpretar nuestra existencia. *Hay pedazos enteros de la ciencia que no son cultura, sino pura técnica científica*. Viceversa: la cultura necesita –por fuerza, quiérase o no– poseer una idea completa del mundo y del hombre; no le es dado detenerse, como la ciencia, allí donde los métodos del absoluto rigor teórico

casualmente terminan. *La vida no puede esperar a que las ciencias expliquen científicamente el Universo. No se puede vivir ad kalendas graecas.* El atributo más esencial de la existencia es su perentoriedad: la vida es siempre urgente. Se vive aquí y ahora sin posible demora ni traspaso. La vida nos es disparada a quemarropa. Ya la cultura, que no es sino su interpretación, no puede tampoco esperar.

Esto confirma su diferencia de las ciencias. [...] El régimen interior de la actividad científica no es vital; el de la cultura, sí. Por eso, a la ciencia la traen sin cuidado nuestras urgencias y sigue sus propias necesidades. Por eso se especializa y diversifica indefinidamente; por eso no acaba nunca. Pero la cultura va regida por la vida como tal, y tiene que ser en todo instante un sistema completo, integral y claramente estructurado. *Es ella el plano de la vida*, la guía de caminos por la selva de la existencia. [...]

Lo que hoy llamamos "hombre culto", hace no más de un siglo se decía "hombre ilustrado" –esto es, hombre que ve a plena luz los caminos de la vida.

Hay que acabar para siempre con cualquiera vagarosa imagen de la ilustración y la cultura donde estas aparezcan como aditamento ornamental que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. No cabe tergiversación mayor. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre.»

[Ortega y Gasset, José: "Misión de la universidad" (1930). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. IV, 1962, p. 342-344]



«Pero es un hecho que los productos mejores de nuestra cultura contienen un equívoco, una peculiar inseguridad. En cambio, la preocupación que, como un nuevo temblor, comienza a levantarse en los pechos de Grecia para extenderse luego sobre las gentes del continente europeo, es la preocupación por la seguridad, la firmeza.

Cultura –meditan, prueban, cantan, predicán, sueñan los hombres de ojos negros en Jonia, en Ática en Sicilia, en la magna Grecia– es lo firme frente a lo vacilante, es lo fijo frente a lo huidero, es lo claro frente a lo oscuro. Cultura no es la vida toda, sino solo el momento de seguridad, de firmeza, de claridad. E inventan el concepto como instrumento, no para sustituir la espontaneidad vital, sino para asegurarla.»

[Ortega y Gasset, José: *Meditaciones del Quijote* (1914), en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1963, vol. I, p. 355]



«La cultura nos proporciona objetos ya purificados, que alguna vez fueron vida espontánea e inmediata, y hoy, gracias a la labor reflexiva, parecen libres del espacio y del tiempo, de la corrupción y del capricho. Forman

como una zona de vida ideal y abstracta, flotando sobre nuestras existencias personales, siempre azarosas y problemáticas. Vida individual, lo inmediato, la circunstancia, son diversos nombres para una misma cosa: aquellas porciones de la vida de que no se ha extraído todavía el espíritu que encierran, su *logos*.

Y como espíritu, logos no son más que «sentido», conexión, unidad; todo lo individual, inmediato y circunstante parece casual y falto de significación.

Debiéramos considerar que así la vida social como las demás formas de la cultura se nos dan bajo la especie de vida individual, de lo inmediato. Lo que hoy recibimos ya ornado con sublimes aureolas tuvo a su tiempo que estrecharse y encogerse para pasar por el corazón de un hombre.

Cuanto es hoy reconocido como verdad, como belleza ejemplar, como altamente valioso, nació un día en la entraña espiritual de un individuo, confundido con sus caprichos y humores. Es preciso que no hieraticemos la cultura adquirida, preocupándonos más de repetirla que de aumentarla. El acto específicamente cultural es el creador, aquel en que extraemos el logos de algo que todavía era insignificante (*i-lógico*).

La cultura adquirida solo tiene valor como instrumento y arma de-nuevas conquistas. Por esto, en comparación con lo inmediato, con nuestra vida espontánea, todo lo que hemos aprendido parece abstracto, genérico, esquemático. No solo lo parece, lo es. El martillo es la abstracción de cada uno de sus martillazos.

Todo lo general, todo lo aprendido, todo lo logrado en la cultura es solo la vuelta táctica que hemos de tomar para convertirnos a lo inmediato. Los que viven junto a una catarata no perciben su estruendo: es necesario que pongamos una distancia entre lo que nos rodea inmediatamente y nosotros, para que a nuestros ojos adquiriera sentido.»

[Ortega y Gasset, José: *Meditaciones del Quijote* (1914), en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1963, vol. I, p. 321]



«No hemos venido a la vida para dedicarla al ejercicio intelectual, sino, viceversa, porque estamos, queriéndolo' o no, metidos en la faena de vivir, tenemos que ejercitar nuestro intelecto, pensar, tener ideas sobre lo que nos rodea, pero tenerlas de verdad, es decir, tener las nuestras. No es, pues, la vida para la inteligencia, ciencia, cultura, sino al revés: la inteligencia, la ciencia, la cultura, no tienen más realidad que la que les corresponda como utensilios para la vida. Creer aquello es caer en el vicio intelectualista, que ha sido causa varias veces en la historia del fracaso de la inteligencia.

Porque deja sin justificar a ésta precisamente al divinizarla y creer que es lo único que no necesita justificación. Queda así la inteligencia en el aire, sin raíces, a merced de las dos hermanas enemigas: la *beatería* de la cultura

y la insolencia contra la cultura. En la historia ha sucedido siempre a una época de *beatismo* cultural otra de insolencia anticultural.

Estas dos formas de vida –ser beato y ser insolente– son dos modos falsos, irreales, de existencia, o dicho en otra forma, que el hombre no puede, aunque quiera, ser de verdad *beato*, ni ser de verdad insolente. Y cuando es lo uno o lo otro, es que no quiere ser de verdad. El hombre se hace histrión de sí mismo.

En cambio, nuestra interpretación negándose a reconocer en la inteligencia el fin de la vida, hace de ella un ineludible instrumento de ésta, con lo cual la arraiga en la gleba vital inexorablemente, le proporciona imperecedera autoctonía. El intelectualista tradicional sostenía que el hombre debe pensar, pero reconocía que de hecho puede el hombre vivir sin ejercitar su inteligencia, que entendía en un sentido muy estrecho y parcial.

La idea nuestra niega que la inteligencia, la intelectualidad, sea un deber del hombre. Se contenta con mostrar que el hombre para vivir tiene que pensar, gústele o no.

Si piensa mal, esto es, sin íntima veracidad, vive mal, en pura angustia, problema y desazón. Si piensa bien encaja en sí mismo –y eso, encajar en sí mismo, es la definición de la felicidad.» [Ortega y Gasset, José: “En torno a Galileo” (1933), en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1964, vol. V, p. 88]

---

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten